

## CUADERNOS ALTOARAGONESES

# Huevo de Morrano y fuente de Tamara

Por J. MARIANO SERAL

La época estival había llegado con cierta intensidad, en la misma medida que lo hizo la invernal, las temperaturas tenían un marcado carácter ascendente, motivo por el cual aprovechamos las primeras horas del día con el objeto de realizar una excursión por el entorno próximo a Morrano. Tras haber preparado todo lo necesario: mapa, móvil, agua, bocadillo, botas, ropa apropiada, etc. salimos desde Huesca, en la N-240 a la altura del Estrecho Quinto tomamos dirección Bandalíes, Coscollano, Aguas, aunque se puede llegar por otros puntos yo siempre tomo esta carretera para pasar por delante de mi pueblo Coscollano. Antes de llegar a Morrano, estacionaremos nuestro vehículo en un pequeño olivar, punto desde el cual parte la pista muy conocida por los amantes del deporte de aventura de descensos de barrancos, ya que da acceso al Alcanadre. Un panel informativo nos indica el castillo de Naya y el Huevo de Morrano, dirección esta última que tomamos. Una mesa de interpretación da información sobre los descensos de barrancos, así como las normas a seguir. Los primeros metros de pista transcurren entre alguna pequeña parcela de labor, unas de tintes dorados del rastrojo del cereal recién segado, otras rojizas de huebra, otras la maleza las va ocupando recuperando ese espacio que el hombre fue arañando a las faldas de las montañas, las zarzas marcan un grueso trazado serpenteante de las márgenes. Conforme avanzamos las carrascas y cajicos saludan a su nuevo vecino el pino. Dos liebres cruzan la pista en su paseo matinal, se detienen en la parcela colindante hasta que perciben nuestra presencia, empujando de nuevo la carrera mimetizándose entre la maleza.

Desde este punto podemos ver la empinada trayectoria de la pista que se dirige al castillo de Naya, subiendo por la margen izquierda del Alcanadre, en el tramo conocido como la Peonera, en la base de este macizo rocoso sesgado por las cristalinas aguas del río se emplaza la ermita de San Martín, también desde esta pista se puede acceder a dicha ermita descendiendo por la pendiente senda que baja por la pared del cañón, para posteriormente vadear el río.

Los pinos van ganando terreno, a mano izquierda un panel informativo nos



Huevo de Morrano

indica el camino de Tresuns, nosotros seguimos dirección al Huevo de Morrano. Unos pasos más adelante se emplaza el Solencio de Morrano, a unos 10 metros de la entrada la cavidad está inundada, tiene un desarrollo topográfico de unos 300 metros. Volvemos a la pista que está en muy buen estado, caminamos a la sombra de los pinos, sus copas cierran el paso a la luz, en su base crece el musgo y algún bucho, conforme avanzamos se hace más tupida la vegetación. Llegamos al punto en el cual parte la senda que baja al estrecho de los Fornazos, aunque algún desaprensivo que no tenía otra cosa mejor que hacer ha doblado el panel informativo indicando el Huevo en esta dirección. La pista se inclina, desembocando en un ensanchamiento para poder dar la vuelta con los vehículos (aquellos que tengan permiso, ya que hay barrera). Seguimos ahora por una senda, al haber ganado unos metros de altitud, podemos ver por encima de las verdes copas de los pinos, a mano derecha los crestones grisáceos con alguna pincelada rojiza del camino de Tresuns. De repente, sin previo aviso damos con el Huevo de Morrano, por su cara norte, está conformado por estratos en disposición horizontal de diferente recuira y dureza, lo cual permite jugar a la erosión limando aquellos que son más blandos, los más duros protegen a las débiles. En el extremo este un gran bloque resistente protege a los estratos inferiores, entre este bloque

la estratificación colindante del terreno se ha abierto una ventana quedando de este modo un farallón, pasamos por su base, ya podemos observar la vertiente sur de esta pared natural, el trazado de su planta es semicircular. Numerosas oquedades en esta cara permite la vida rupícola.

La pertinaz erosión va arrancando fragmentos de diferentes tamaños de este pétreo muro, los cuales por la acción de la gravedad descienden ladera abajo alejándose más o menos en función de su tamaño y de la pendiente del tramo. En su base entre la espesa vegetación apreciamos en algunas zonas pequeños muros de mampostería con la finalidad de aterrizar el terreno y permitir el cultivo, recordándonos esa economía de subsistencia en la cual se aprovechaba toda la superficie, incluso los taludes de los tozales abancalándolos. Avanzamos, un panel informativo nos indica la fuente de Tamara. Tomamos la senda bien marcada, los primeros metros discurren por la loma de un tozal, a ambas vertientes el agua ha ido arrastrando la tierra dando lugar a pequeños barrancos de gran profundidad, la senda desciende entre pinos, carrasca y monte bajo, en algunos tramos pisamos sobre cantos rodados, pasamos por un olivar abandonado, los troncos de los olivos centenarios de gran diámetro se retuercen en el olvido, brotes, zarzas y monte bajo los rodean. Vamos descendiendo, en un espolón arcilloso

al otro lado del barranco, un reducido rebaño de cabras nos observan en nuestro caminar. Ya podemos oír el discurrir de las aguas, llegamos a la salida del estrecho de los Fornazos, buscamos una posición que nos permita observar este cañón. Nos parece impresionante la belleza del paisaje, digno de admirar, todo un lienzo natural, pozas, concavidades, estrechamientos, se combinan con la pureza del verde turquesa de las cristalinas aguas, como sonido de fondo la musicalidad del discurrir de las aguas. Descendemos unos metros más y llegamos a la fuente de Tamara, el agua brota de la roca uniéndose al río engrosando su caudal. Lucien Briet también visitó esta zona, se hospedó en casa de Sabino Cavo Bellostas durante su estancia en Morrano, hace una descripción de la fuente de Tamara en su libro *Soberbios Pirineos*: "Se trata de una depresión oblonga, de cuatro metros cuadrados, situada al pie de una elevación tabular rocosa que se daba la vuelta hacia atrás como si fuera un talud, su superficie ofrecía profundas resquebrajaduras que se entrelazaban". La senda transita por la base del acantilado buscando una zona en la cual la recuira de la lámina de agua disminuye y permite cruzar el río y poder llegar a Bierge, algún tronco y cantos rodados se acumulan en las riberas. Nosotros nos damos la vuelta y volvemos sobre nuestros pasos hasta el Huevo de Morrano. El man-

to de tierra fértil desaparece y con él la vegetación. La impermeabilidad de la roca desnuda recoge las aguas de las lluvias torrenciales, para verterlas en los barrancos ejerciendo con mayor fuerza su labor escultórica modelando el paisaje. Subimos por unas gradas de roca hasta llegar a unos campos de olivos, dejamos tanto a mano derecha como a izquierda los restos de construcciones de mampostería, los esquinazos de mampuestos trabajados. A escasos metros se encuentra la ermita de San Bartolomé, de planta rectangular, tejado de dos aguas, contrafuertes en los muros norte y sur. En su construcción se utilizó mampostería y tapial. Puerta bajo arco rebajado, jambas de sillería. En la pared oeste nos llama la atención de una piedra trabajada. La pista entre campos de labor desemboca en Morrano situado en una semillanura. Pequeñas parcelas lo rodean, el dorado del rastrojo del cereal predomina sobre el verde de los olivos y almendros. Como sonido de fondo las esquillas de un rebaño de ganado que se va perdiendo en la distancia. Entramos en el pueblo, arcos de medio punto y alguna puerta adintelada dan acceso a las viviendas, esquinazos y cadenas de sillería, algunas ventanas con rejas, balcones sobre canes, uno de ellos nos llama la atención, ya que tiene motivos decorativos. En una de las viviendas en las molduras de la ventana a modo decorativo se han esculpido rostros humanos (tradición gótica).

"La Iglesia, dedicada a San Pedro, obra románica del s. XII, remodelada en los s. XVII y XVIII" (mesa de interpretación del entorno). Su torre nos llama la atención, tiene ventanas geminadas, en su construcción se utilizó sillares y en la parte superior ladrillo con dibujos que le da un carácter mudéjar.

Pasamos una balsa, un pequeño perro no por eso menos alborotador nos despidió con sus ladridos, dejamos atrás el pueblo y tomamos un camino dirección norte bordeado por muros de piedra seca, que nos lleva de nuevo al olivar donde habíamos estacionado nuestro medio de transporte. Una vez más agradecemos a la naturaleza su obsequio que ha permitido cargar nuestra pluma de buena tinta, para escribir estas palabras que intentan reflejar el paisaje en papel.